Cuerva, Juan de la

Historia verdadera del valiente Bernardo

Madrid

[1893?]

Reel: 43 Title: 5

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

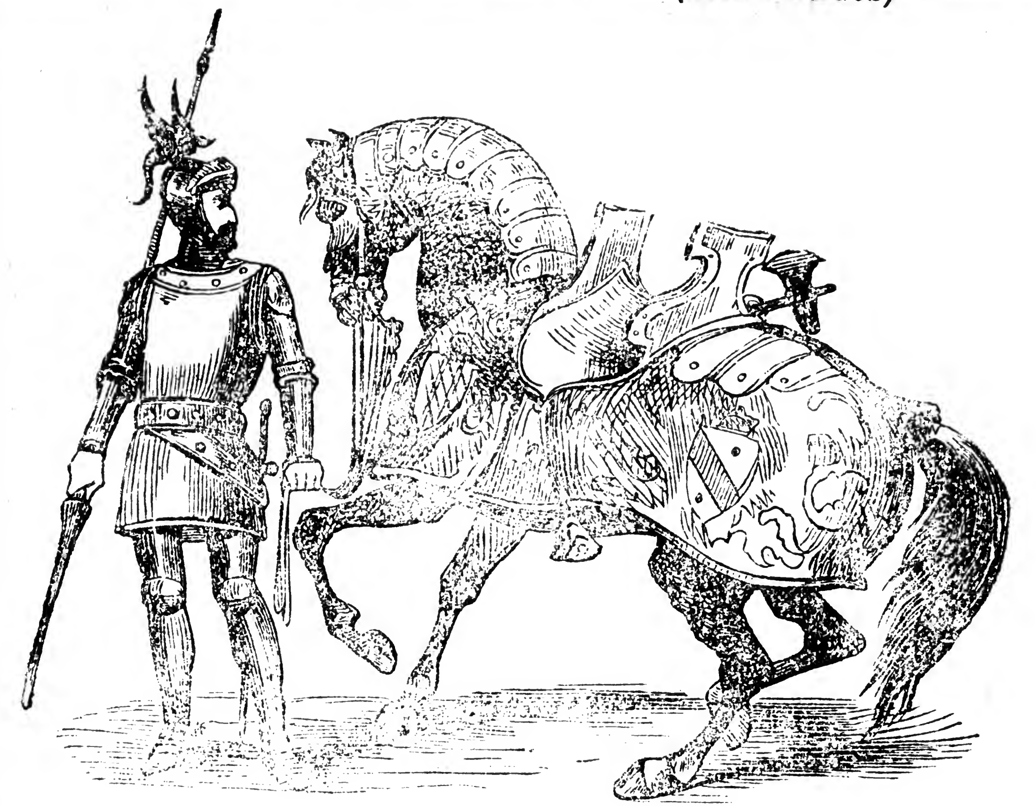
Master Negative Storage Number: OCI00043.05

Control Number: ADT-2998
OCLC Number : 29688072
Call Number : W 381.568 H629 v.3 VERVA
Author : Cueva, Juan de la, 1550?-1610?
Title : Historia verdadera del valiente Bernardo del Carpio : sacada con toda individualidad de los más insignes historiadores españoles.
Edition : Nueva ed. corr. y aum.
Imprint : Madrid : Hernando, [1893?]
Format : 23 p. : ill. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9.27-94
Camera Operator: CS



(TRES PLIEGOS)



HISTORIA VERDADERA

DEL VALIENTE

BERNARDO DEL CARPIO

SACADA CON TODA INDIVIDUALIDAD

DE LOS MÁS INSIGNES HISTORIADORES ESPAÑOLES

NUEVA EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA

DESPACHOS:

MADRID
Hernando, Arenal, 11.

BARCELONA
Bou de la Plaza Nueva, 13.

HISTORIA

DEL VALIENTE

BERNARDO DEL CARPIO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Observaciones y citas en que se patentiza haber existido en España el tan nombrado Bernardo del Carpio.

Sobre si hubo ó existió en el mundo Bernado Carpense ó del Cario, como comunmente se nombra, ponen duda algunos autores modernos; pero no me admira, porque ha llegado hoy en ellos á tanto el espíritu con que dudan ó contradicen muchas cosas de las antiguas, que hacen vanidad de oponerse á ellas sin más razones ni pruebas que sus antojos caprichosos, haciendo de criticastros para pasar por discretos en los corrillos y concursos. El historiador Berganza, que manejó muchos papeles é historias antiguas, afirma que hubo y existió en el mundo ese Bernardo del Carpio, hijo de don Sancho, conde de Saldaña, y lo testifica en su tomo primero de las *Antigüedades de España*, y refiere para afianzarlo, por boca de D. Lucas Tuy, como Cárlos III, rey de Francia, entró en España con un poderoso ejército de moros y cristianos; mas que Bernardo del Carpio, con los cristianos y moros de Zaragoza, acometió al francés á la entrada de los Pirineos, y le desbarató con gran mortandad y prision de aquellos.

Pruébalo tambien con los anales de Toledo, en que se hace conmemoracion de la entrada del rey Cárlos en España, y asimismo de la batalla de Roncesvalles; y dicen que en ella murieron los Pares de Francia. Continúa Berganza con D. Lucas de Tuy, diciendo que el rey de Francia hizo las amistades con el rey don Alonso el Casto, y que vino en romería á Santiago; mas que el rey D. Alonso en esta ocasion le dió los muchos prisioneros que cogió Bernardo del Carpio y habian quedado en España desde la referida batalla de Roncesvalles. En la iglesia de Santiago se tiene por cierta la noticia de su romeria, y se asegura que la memoria que hacen á 6 de Julio los prebendados, es en reconocimiento de las dádivas que hizo á su iglesia Cárlo-Magno, segun afirma Morales. Sampiro tambien da á entender que el rey Cárlos hizo esta jornada; porque dice que por consejo de Cárlos, príncipe grande, fué celebrado el Concilio de Oviedo. Tenemos tambien al P. Mariana y al doctor D. Cristóbal Lozano, que refieren la historia verídicamente, y bastante extensa, de Bernardo del Carpio, en especial cuando hablan del rey D. Alonso el Casto, y de la batalla de Roncesvalles.

Si algunos críticos modernos ó incrédulos se hicieran cargo de estas noticias, y de otras que dan algunos autores, que dejo de referirlas por no ser prolijo, no se aventurarian á negar á rostro descubierto que hubo en España Bernardo del Carpio, y que triunfó en la memorable cuanto famosa batalla de Roncesvalles.

Todo esto se ha creido muy necesario, como fundamento para establecer sobre ello con mas seguridad nuestra presente historia, donde hablaremos de quién fué él, cuáles fueron sus padres, y como sujetos conducentes á ella, de D. Alonso el Casto, su tio, y de Cárlo-Magno, á quien venció en Roncesvalles este valiente y esforzado héroe.

CAPÍTULO II.

Nacimiento é infancia de Bernardo.—Gallardías de su mocedad.—Vence á Cárlo-Magno en la batalla de Roncesvalles.

Corrian los años de 794 cuando el famoso rey D. Alonso de Castilla, llamado el Casto (cuyas virtudes y hazañas merecie-

ron los muchos premios que le concedió el cielo) se coronaba rey de estos reinos. Tenia este príncipe una hermana llamada doña Jimena, que olvidada de sus obligaciones, se dejó llevar de la galantería del conde de Saldaña, llamado D. Sancho. Como el amor es ciego, se obcecaron de tal suerte, que haciendo su matrimonio clandestinamente se manifestó á poco tiempo en cinta la infanta. Hízose patente la demasía: la afrenta fué pública y el sentimiento y dolor del rey su hermano, muy grande. Castigó el exceso cual pedia el caso, á la infanta la encerró estrechamente en un convento, y al conde, convencido del delito, le mandó sacar los ojos y darle cárcel perpétua en el castillo de Luna.

Llegado el término del embarazo de la infanta Jimena, nació nuestro insigne Bernado del Carpio, tan hermoso y dispuesto, que aficionado su tio el rey D. Alonso de sus gracias, le mandó criar como á hijo suyo en Asturias, pues que no quiso que en la córte hubiese despertador de las afrentas de su familia. Era el rey muy circunspecto en todo, al paso que prudente, mas con los años y largo tiempo se dan las cosas al olvido. Creció Bernardo en la edad y en las costumbres, y viéndose ya mozo gallardo, y que su denuedo y brios le incitaban á la guerra, comenzó como soldado á mostrar su valentía. Las guerras tan frecuentes con los moros en aquel tiempo le presentaban contínuas ocasiones; salió en muchas batallas y encuentros vencedor con hazañas memorables. Llegaban todos estos hechos á noticia del rey su tio, que le servian de mucha complacencia; y como ninguna cosa podia ser de mas alivio á D. Alonso, dió órden para que lo trajesen á la córte, haciéndole caricias y agasajos.

Siendo hijo de su hermana, y no teniéndolos el rey, corria la voz de haber de sucederle en la corona; que entonces el nombramiento del rey legitimaba la sucesion. Con esta espectativa, y por librar á su padre de la prision rigorosa, se ofrecia el gallardo jóven á los riesgos y peligros; triunfando de ellos, y no menos que haciéndose temer de toda la morisma. Amábanle todos entrañablemente gozosos en sumo grado de tenerle por caudillo; pero donde echó el resto de sus proezas despues de haber ejecutado muchas con los moros, fué en la batalla de Roncesvalles, y en cuya victoria y triunfo es indecible la fama que se adquirió, y que dió mas nombre á nuestro insigne Bernardo en todo el mundo. El caso aconteció de esta manera:

Hallábase el rey D. Alonso bastantemente oprimido y fatiga-

do de las guerras que por una y otra parte le hacian los moros; y aunque con la ayuda de su sobrino Bernardo del Carpio salia en todas vencedor, temia ya su mucha edad y recelaba el riesgo á que estaba espuesto el reino, cercado de enemigos de Dios y su santa ley. Considerando, pues, la fama de Carlo-Magno, rey de Francia y emperador de Alemania, acordó que seria buen medio valerse de su ayuda para desarraigar de esta suerte los moros de toda España, y en pago de esto, supuesto que estaba sin hijos, nombrarle por sucesor á la corona, adoptándole por hijo. Si comunicó este acuerdo, no lo dicen los historiadores. En fin, se efectuaron los despachos: dióse parte al imperio y agradóle mucho la determinacion del rey á Carlo-Magno, abrazando gustoso el partido que le hacia, pareciéndole que solo le faltaba por lauro de sus glorias llamarse el rey de los españoles ó quedar afirmado en tan ilustre corona (por ser él ya viejo) un nieto suyo, hijo de Pipino. Con esta resolucion, se movió desde Alemania, donde se hallaba entonces, y con gran poder de gente enderezó su viaje para España.

Aunque fué grande el secreto con que el rey D. Alonso anduvo en estos tratos, no pudo serlo de suerte que dejase de saberse; porque muchos de los que asistian á ellos (émulos quizá de la dicha de Bernardo), por ganar voluntades y tenerle de su parte, lo divulgarian. Como era cosa tan grave pasó la palabra presto de unos en otros: comenzó á resentirse la nobleza; pero nadie se atrevia á hablar; tan antigua es la lealtad á sus reyes en España.

Solo Bernado del Carpio, bravo por su lozanía, y como interesado al cetro, que puesto ya al tablero, se le barajaba la fortuna, ó como sobrino del rey, que esto seria lo mas, comenzó á oponerse á aquellas gentes, acaudillando á todos sus amigos y á los nobles para la resistencia, publicando á voces no ser razon ni justicia lo que trataba. El mismo rey arrepentido de lo hecho, segun lo escriben algunos autores, y entre ellos Mariana, aprobó la resistencia; y el arzobispo D. Rodrigo dice que se halló el rey en la batalla de Roncesvalles.

Hecho, pues, Bernardo del Carpio caudillo de los que quisieron seguirle, y valiéndose mañoso de Marsilio, rey moro de Zaragoza, salieron á estorbar la entrada á Carlo-Magno, que atravesando los Pirineos con el mas lucido campo que juntó la Fancia jamás, pensaba á fuerza de armas hacerle cumplir el trato á D. Alonso;

mas la maña con que nuestro Carpense le estorbó sus ideas, fué notable; porque la disposicion y traza vale mas en la guerra que la muchedumbre de gentes; pues no tiene duda que la de Carlo-Magno excedia por estremo á la que conducia el gran Bernardo. Advirtiendo este, pues, astuto, que el ejército del francés era mas numeroso con ventajas conocidas y que en llano seria ventajosa tambien la caballería francesa, dió trazas de tomarles los Pirineos cogiendo las cumbre por una y otra parte. En aquel sitio, pues, que llaman Roncesvalles, famoso desde entonces, se trabó la batalla tan reñida y no menos sangrienta.

Como los nuestros estaban en mejores posiciones, y lo fragoso del monte no daba lugar de jugar la caballería de los contrarios, ni ponerse en órden de batalla, hicieron de ellos los españoles cruel carnicería. Mataron de los primeros aquel famoso héroe de los novelistas y romancistas, Roldan, conde de Bretaña, que fué paladin valiente, y con este á otros caballeros franceses de mucha cuenta, con que comenzó á flaquear el ejército francés. Visto por Carlo-Magno el temor de los suyos, y la matanza que en ellos se ejecutaba, con deseo de reponer su gente que desmayaba en aquel aprieto, despues de animar á sus soldados con varias razones, hizo señal con la bocina, como lo acostumbraba. Renovóse la pelea con grande coraje: derramóse mucha sangre, murieron los mas valientes y atrevidos franceses; los españoles, endurecidos por los muchos trabajos, peleaban como furiosos leones; y la pinion, que en la guerra puedo mucho, quebrantó los ánimos de los contrarios. Y así, en lo mas recio de la pelea, se divulgó por los escuadrones, que los moros, como gente que conocia bien el terreno, se apresuraban para dar sobre ellos por cortarles la retirada. Ningun lugar hubo, ni más señalado por el destrozo de los franceses, ni más conocido por la fama de los españoles. Este destrozo fué el más sangriento que se vió jamás. Fueron pocos los que puestos en huida escaparon por sus piés. Los más y de mayor cuenta formaron la más horrenda tumba que se haya visto en todo el mundo. Carlo-Magno salió huyendo, y á pocos dias murió de pesadumbre en Aquisgran. Bien es, que, segun se lee en algunos otros autores, murió de calenturas y dolor de costado, que sin duda se le ocasionaria de su desastrosa desgracia.

CAPITULO III.

Noticias biográficas del emperador Carlo-Magno.

Es justo que hagamos aquí referencia de este valeroso emperador, dotado de tantas excelencias y virtudes que ningun príncipe en ellas le ha aventajado; pocos le han igualado, y á los más ha excedido, por haber tenido tantas virtudes juntas, gentil disposicion, hermosura, en el trato afable, en la hacienda liberal y magnífico, en los trabajos sufrido, en propiedades humilde, en las guerras dichoso, en los consejos prudente, amado de los propios y respetado de los estraños, y sobre todo y lo de mayor estimacion, que en la religion cristiana fué ejemplo y dechado de los príncipes más católicos del mundo: solo un Cárlos V se pudo igualar á Carlo-Magno en el nombre y en los hechos. Pudieran alargarse las alabanzas tan merecidas de este príncipe, pero para esoera preciso hacer historia aparte; y en la que vamos siguiendo de nuestro Bernardo del Carpio, solo entra como de paso para ilustrar y hacer más gloriosas las hazañas de nuestro héroe Carpense.

Ferreol Locro dice, que le sepultaron con su espada ceñida, con cetro y corona, y en la mano los Evangelios escritos en planchas de oro: escribe asimismo el epitafio de su sepultura como lo trae su secretario y el cardenal Baronio, con la forma y talle de su disposicion. El padre fray Antonio Vicente Domenech, escribe su vida con los santos y varones ilustres del principado de Cataluña Fray Juan Carrillo le enumera y escribe entre los santos de la casa de Austria, y muchos autores le tienen por santo, y celébrase así, segun dice un autor antiguo agustino, en el obispado de Gerona, y en algunos de Francia y Alemania. Al tiempo de su muerte dió á su hijo los siguientes consejos, que por ser dignos de que los imiten todos los católicos, los referimos.

El primero, amar y temer á Dios Todo-Poderoso, y guardar sus santos mandamientos. El segundo, defender las iglesias contra los hombres poderosos y atrevidos. El tercero, honrar á los sacerdotes como á nuestros padres y ministros de Jesucristo. El cuarto, amar á los vasallos como á hijos. El quinto, á los soberbios y viciosos, con castigos y penas reducirlos á bien vivir. El

sexto, consolar á los pobres. El sétimo, procurar que sus acciones sean irreprensibles delante del Supremo Dios y del pueblo.

Así lo refiere el cardenal Baronio, Gualtero y otros autores referidos por el padre Domenech. Esto fué Carlo-Magno, resumido en breve; y esto basta para tener noticia de este grande hombre, y borrar muchas fábulas que se hallan en las historietas y romances de los copleros, que en vez de ilustrar la fama de este príncipe glorioso, la deslumbran con sus patrañas y ponderaciones necias. Volvamos ahora á coger el hilo de nuestra historia.

CAPÍTULO IV.

Hazañas y hechos valerosos de Bernardo en favor del rey para alcanzar la libertad de su padre, y no lo consigue.

Con la referida victoria y con tan grande triunfo, es indecible la fama que ganó nuestro Bernardo del Carpio: lo agradecido y contento que quedó su tio el rey don Alonso, fué en tal estremo que no pudo esplicarse; pues con esta empresa no solo quedó libre del trato que ya tenia acordado, sino que atemorizó las provincias comarcanas. ¿Quién pensara que con esta hazaña no le adoptara por hijo, y mas, hallándose el rey don Alonso sin heredero? Que sea Bernardo del Carpio hijo de su hermana doña Jimena;? que alegue mil victorias que le consigue; que le asegure sus tierras y dominios; que sea el terror de sus enemigos; que sea á mas de valiente tan amable y tan bien quisto, y con todo esto no merezca que el rey le apropie el cetro, ó que le haga legítimo, permitiendo que su padre se case públicamente con su hermana la infanta, cosa es que admira y provoca la lástima á cuantos pasan los ojos por esta historia, y á todos los que escuchan. La castidad de don Alonso y el considerar el exceso de su hermana, no le dejaban desistir del teson, por mas justificadas que eran las razones de Bernardo.

Por último viendo este insigne varon que con tantos servicios como habia hecho á su tio y á todo el reino en tantas batallas como habia conseguido contra los moros, enemigos de la verdadera religion, con tantos ruegos de la reina su esposa, que compasiva de aquellos pobres señores encarcelados, y con tantas sú-

plicas de todos los grandes y nobles que se interesaban lastimosos por estos infelices prisioneros, no alcanzaban la soltura de la infanta y del conde, sus padres, que eran á lo que los deseos del buen Bernardo, siempre anhelaban, llegó á enfurecerse y aun casi á descomponerse con su tio el rey, pues como no era tan sufrido como otros, quiso verter sus sentimientos por ver si hallaba mejor oportunidad; y así un dia, animoso y arrogante, se presentó al rey, y le dijo estas palabras:

«Señor: cuando los servicios que he hecho á V. M., que por públicos y grandes ellos mismos lo pregonan, no merecieran de justicia sacar de la prision á un lastimoso anciano, que fué quien me dió el sér para serviros; cuando tantas súplicas como se han interpuesto no lo merecieran, basta, señor, ver que soy vuestro sobrino, y que circula por mis venas sangre de vuestra hermana para suspender las iras y el enojo, para aflojar las riendas del castigo. ¿Por qué quereis consentir que me llamen bastardo, cuando no legitimarme culpa es vuestra, y cuando no desmerece mi padre á vuestra hermana la infanta doña Jimena? ¿En qué os agravió el conde, mi amado y desdichado padre, si de la ofensa que os hizo nació el rayo que os defiende? Si yo no hubiera nacido, no me estrañara que castigárais aquel esceso; mas si del yerro se fraguó esta espada que defiende vuestra vida, vuestro honor y vuestro reino, ¿para qué tanta prision? ¿Para qué castigo tanto? Y si el cumplir la palabra es un deber que obliga á cualquier hombre de bien, ¿por qué un rey cuya majestad representa y figura la del cielo, ha de quebrantar la suya? ¿Cuántas veces (y alguna que os saqué en hombros de entre los enemigos) me prometísteis tierno la soltura de mi anciano y lastimado padre? ¿Cuántas veces con lágrimas en los ojos tengo hecho recuerdos de ello? Supuesto, pues, que V. M. se niega á obligaciones, á ruegos se endurece, á lástimas se hace sordo y á servicios no se obliga, bórreme de todo punto de su gracia, y no se acuerde más de quien tan poco merece. Deme licencia para retirarme á Saldaña, patrimonio de mi padre, y allí la ley de hijo noble, trocada la gala en luto, lloraré mi desventura, y juntamente la prision de aquel desdichado anciano hasta la muerte.»

CAPITULO V.

Se retira Bernardo á Saldaña, y trata de hostilizar al Rey.— Resentido don Alonso de su proceder, le deshereda de la corona.

Aunque se resistió el rey de la libertad con que le habló su sobrino Bernardo del Carpio, y le diesen ideas de prenderle no se atrevió á irritarle. Temiólo enojado, y otorgóle la licencia que le pedia de retirarse á Saldaña. Dispuso luego su viaje, y ya puesto en el patrimonio de su padre, retirado de la corte, comenzó desde allí el insigne Carpense con los que habian querido seguirle á vengar las injurias, haciendo escursiones en las tierras del rey, apoderándose de varias poblaciones



La mucha pasion de que se hallaba poseido Bernardo hácia sus padres y su amor propio, le arrastró al parecer á estos arranques y desaciertos. Como él estaba ya viejo y cansado de las guerras, no pudo resistir á estas turbulencias, mayormente viendo que los nobles favorecian la causa de Bernardo del Carpio: mas no por esto desistió en su tema, ni quiso soltar al conde, que era el fin á que se dirigia el intento del Carpense. No obstante, de nada le valieron estas ni otras tentativas, que es cosa memorable

y un ejemplar digno de estar siempre á la vista de todos los que sirven á su rey para no atreverse osados á ofender, ni aun con los ojos, la persona.

Así es, que por donde estendió y se persuadió Bernardo mover al rey don Alonso al perdon, lo provocó á más enojo; y así, llegándose el fin de sus dias, le dejó desheredado de la corona, llamando por sucesor al reino á don Ramiro, hijo del rey don Bermudo, que con menos derecho se antepuso á Bernardo. En llevando la fortuna á uno de vencida, todo es irle despeñando de una en otra desdicha. Esta que hemos dicho fué la mayor para nuestro Bernardo del Carpio; pues con este desheredamiento se vió sin padre, sin rey y reino; solo le quedó la vida para llorar sus tragedias, y para sentir reveses de fortuna, como mas alante se verá.

CAPITULO VI.

Noticia breve de don Alonso el Casto.—Los ángeles en figura de peregrinos le fabrican una cruz.

Murió, en fin, el rey don Alonso el Casto, y el segundo de este nombre, rey verdaderamente bueno y cristianísimo; pues lleno de años y dias como tambien de buena vejez, amado de Dios y de los hombres dió su espíritu al Señor. Está sepultado en Santa María de Oviedo: fué muy católico, gran limosnero, defensor de la fé de Jesucristo, devotísimo de las cosas sagradas y de enriquecer los templos fué llamado el Casto, porque ni aun á su propia mujer conoció; por lo que no teniendo hijos, dejó por sucesor al referido don Ramiro, olvidándose de su sobrino Bernardo del Carpio, acreedor que era como el que más á la corona cuya falta puede decirse fué la única que cometió.

Este cristianísimo rey donde más se esmeró su celo y devocion, fué en Oviedo, en las fábricas de varias iglesias; y allí le sucedió aquel maravilloso prodigio de la Santa Cruz que le fabricaron los ángeles, que por ser una de las maravillas mas especiales del cielo viene muy á propósito para referirla aquí, segun la trae uno de los historiadores antiguos, llamado comunmente el Monje de Silos, por haberlo sido en aquel célebre monasterio. Hállase la historia en latin; pero se han traducido puntualmente sus palabras para que estén al alcance de todos.

Dice, pues, este autor, que considerándose el rey don Alonso rico con el arca de las reliquias que vinieron á Sevilla desde Jerusalen, y que de Sevilla fué trasladada á Toledo, donde estuvo cien años, y que en la pérdida de España fué llevada á un lugar llamado Subsalas, que está junto á Gijon, procuró para darla el debido culto, edificar la obra maravillosa de la iglesia de San Salvador, en cuya construccion se empleó el término de treinta años; fabricó despues las iglesias de Nuestra Señora, de Santa Leocadia de San Tirso, y á distancia de 625 pies la iglesia de San Julian y Santa Basilisa.

Concluidas las fábricas de estas iglesias, hallándose este devoto rey con cantidad de oro y piedras preciosas, discurrió en fabricar una hermosa cruz. Considerando sobre la fabricacion de dicha cruz un dia que habia comulgado en ambas especies (que en aquellos tiempos se acostumbraba,) estando para sentarse á comer, se le presentaron delante dos ángeles en traje de peregrinos, diciendo que eran artífices. Entrególes el material, y les señaló el sitio donde pudiesen trabajar la cruz. Advertido el rey de que sin conocer á los artífices les habia entregado el oro, envió personas para que se informasen de los que trabajaban; al llegar á la casa señalada para labor, vieron en ella tanta claridad como si de allí naciese el sol. Acercáronse á la puerta, y vieron que la cruz estaba ya fabricada y despidiendo de sí refulgentes rayos, y que los artífices no estaban allí. Pasaron á dar cuenta al rey D. Alonso, y acudió luego á ver el prodigio, de que admirado, dió muchas gracias á Dios, y dispuso que la Santa Cruz fuese colocada en el altar mayor de San Salvador.

Hasta aquí lo que refiere el monje historiador de Silos.

CAPITULO VII.

Descubrimiento maravilloso del cuerpo de Santiago.

Tambien mereció este cristiano y devotísimo príncipe, que en su tiempo dispusiese la divina Providencia manifestar el Tesoro del cuerpo de nuestro apóstol Santiago, que noticioso el rey del hallazgo, se puso muy alegre en camino para visitar el sepulcro de nuestro Santo Patron. Desde este maravilloso hallazgo, comenzó España á levantar las esperanzas de su restauracion. Cúpole esta dichosa suerte, como se ha dicho, á nuestro rey don Alfonso y á Teodorico, obispo que era á la sazon de Iria-Flavia, que es aquella parte de Galicia donde fué hallado. De la manera que aconteció este prodigio lo refieren los más de los historiadores de España, y aquí se dará noticia de él, segun se halla escrito en nuestro historiador el P. Mariana, fielmente copiado y con sus palabras, segun se halla en el tomo I, lib. VII.

Floreció el culto de la religion cristiana antiguamente en un ángulo de Galicia y en aquella parte donde estaba situada la entónces llamada Iria-Flavia, que es hoy dia el Padron, cuanto pudiese estarlo en cualquiera otra parte de España. La cruel tempestad que se despertó contra los siervos de Cristo, en el tiempo en que prevalecia la vanidad de los muchos dioses y por mandado de los emperadores romanos, se empleaba todo género de tormentos en los cuerpos de los que reverenciaban á Cristo: hizo que todo punto se acabase hasta en aquellos lugares la cristiandad. Por donde, ni en lo restante del imperio romano, ni en el tiempo que los godos fueron señores de España, se tenia tal noticia del sepulcro del apóstol Santiago. Con el largo tiempo y con este olvido tan grande, el lugar donde estaba se llenó de maleza y matorrales, sin que nadie cayese en la cuenta de tan gran tesoro, hasta el tiempo de Teodorico, obispo iriense.

Myro, rey de los suecos, conforme á la observancia y costumbre de Roma, dejó señalados los términos por todo su reino á cada uno de los obispados, y por obispo de Iria quedó nombrado

Andres; sucediéronle sucesivamente por su órden, Dominico, Iamuel, Gotomaro, Vincivil, Feliz, Hindulfo ó Theosindo, Emula, Romano, Agustino é Hindulfo, de los cuales todos, fuera de los nombres, no ha quedado noticia alguna; y con la misma oscuridad de ignorancia y olvido quedaron sepultados todos los demás que les sucedieron, si la luz del apóstol Santiago no abriera los ojos, y su resplandor que en breve se estendió por todo el mundo, no los exclareciera.

Fué aquel sagrado tesoro hallado, como se ha dicho, por diligencia de Teodomiro, sucesor de Hindulfo, y por voluntad de Dios, de esta manera. Personas de grande autoridad y crédito le afirmaron, que en un bosque cercano al citado Padron, se veian y resplandecian muchas lumbreras entre las tinieblas de la noche. Recelábase el santo prelado no fuese alguna ficcion; mas con deseo de saber la verdad fué allá en persona, con sus mismos ojos vió que todo aquel lugar resplandecia con luces que se veia por todas partes. Hace desmontar el bosque, y cavando en un monton de tierra, hallaron debajo una casita de mármol, y dentro el sagrado sepulcro. Las razones con que se persuadieron ser aquel sepulcro y aquel cuerpo el del sagrado apóstol, no se refieren; pero no hay duda sino que cosa tan grande no se recibió sin pruebas bastantes. En efecto, buscaron los papeles que quedaron de la antigüedad, memorias, letreros y rastros que aun hasta hoy se conservan muchos y notables. Aquí, dicen, oró el apóstol, allí dijo misa, acullá se escondió de los que le buscaban para darle muerte. Los ángeles, que á cada paso dicen se le aparecian, dieron además testimonio de la verdad como testigos abonados y sin tacha.

El obispo con deseo de avisar al rey de lo que pasaba, sin dilacion se partió para la córte. Era el rey muy pio y religioso, deseoso de aumentar el culto divino, además de las otras virtudes en que era muy cumplido, acudió en persona y por sí propio vió todo lo que decian. La alegría que recibió fué extraordinaria. Hizo que en aquel mismo lugar se edificase un templo con el nombre de Santiago, bien que grosero y no muy fuerte por ser de tapia sencilla. Ordenó beneficios y señaló rentas de que los ministros se sustentasen conforme á la posibilidad de los tesoros reales. Esto es lomás principal que trae Mariana, aunque prosigue hablando de sus romerías; y lo que se puede decir del hallazgo del cuerpo del santo apóstol despues de haber ochocien-

tos años que por persecucion de los judíos le trajeron sus discípulos á España, y aquí por los gentiles le dejaron escondido, sin que se hubiese sabido de él hasta ese tiempo en que fué descubierto para dicha de nuestra España y felicidad de nuestro católico y casto rey D. Alonso el segundo de Castilla.

CAPITULO VIII.

Despues de la muerte del rey D. Alonso, Bernardo sigue prestando servicio á los reyes sucesores.—No pudo alcanzar de ninguno de ellos la libertad de su padre.

Volvamos ya á nuestro insigne y desgraciado príncipe Bernardo del Carpio, que habiendo ocurrido la muerte de su tio el rey D. Alonso, vino á quedar huérfano en todo. Mantúvose, no obstante, tolerando tan pesados reveses de la fortuna. Sostúvose tan prudente y tan leal, que en tres reyes que alcanzó despues de la muerte de D. Alonso, que fueron D. Ramiro, D. Ordoño y D. Alonso el Magno, los sirvió Bernardo con lealtad, sosteniéndoles la corona con el esfuerzo de su brazo. No quiso pretender derecho alguno cuando se lo habia quitado la suerte, antes procuró obligar con nuevos servicios por la libertad de su amado padre. Empezó á obrar esforzadamente en las empresas que les ocurrieron al rey D. Ramiro, en las muchas batallas que tuvo con los moros, y especialmente aquella tan célebre de Clavijo, que tuvo el segundo año de su reinado, y donde se le apareció el Apóstol Santiago.

Hallábase muy orgulloso con las victorias que habia obtenido Abderraman, rey de los moros. Apoderóse de la ciudad de Valencia; despues de tomada esta cogió á Barcelona y otras muchas tierras. Con estas victorias quedó tan ufano y altivo, que intentó dar y emprender guerra contra el rey D. Ramiro; envióle una embajada para requerirle le pagase el tributo de las cien doncellas, que conforme el acuerdo hecho con el infante Mauregato se le debian en clase de tributo, que era llanamente amenazarle con la guerra, declararse por enemigo si no le obedecia en lo que reclamaba. Grande era el espanto de la gente, y mayor la afrenta que de esa embajada resultaba. Así los embajadores fueron luego despedidos. Valióles el derecho de gentes para que

no fuesen castigados como merecia el atrevimiento de demanda tan indigna, injusta é intolerable. A consecuencia de esto, fueron llamados todos los que eran de edad á propósito en todo el reino, y forzados á alistarse y tomar las armas, fuera de algunos pocos que quedaron para la labor de los campos, por miedo que si no dejaban estos serian afligidos no menos del hambre que de la guerra. Hasta los mismos obispos y varones consagrados á Dios siguieron el campo de los cristianos.

Grande era el recelo de todos, si bien la querella era tan justa, que tenian esperanza de salir con la victoria. Para ganar reputacion y mostrar que hacian de voluntad lo que les era forzoso, acordaron de romper ellos los primeros y correr las tierras de los enemigos, en particular se metieron por la Rioja, que á la sazon estaban en poder de moros. Al mismo tiempo Abderraman juntaba gran número de gente de sus estados, aparejaba armas, caballos y provisiones, con todo lo demás que entendia de ser necesario para la guerra, y para salir al encuentro á los nuestros. Juntáronse los dos campos de moros y cristianos cerca de Alvelda ó Alveyda, pueblo en aquel tiempo fuerte, mas al presente ya casi desplomado y distante poco más de dos leguas de Logroño.

CAPITULO IX.

Descripcion de la batalla de Clavijo.—Aparicion del apóstol Santiago.—Origen de los votos.

En el sitio referido se dió una reñida batalla, en la que los cristianos que al principio llevaban lo mejor, empezaron á ceder de cansancio y acosados por la superioridad de los enemigos. En tan apurada situacion, principiaron á ordenar su retirada hácia la montaña de Clavijo, teniéndose por dichosos en que las sombras de la noche que empezaron á sobrevenir, hiciesen suspender las hostilidades antes que la retirada se convirtiese en manifiesta fuga.

Cuando al favor de las tinieblas y descanso de la noche pudieron los soldados de D. Ramiro rehacerse y volver á concertar sus desordenadas huestes, grande fué la congoja al reconocer la inmensa pérdida que habia tenido. El parecer de los más advertidos era que se debia levantar el campo y aprovechar aquellos mo-

mentos de oscuridad y silencio para ponerse en salvo, pues era temeridad manifiesta esperar el choque de los enemigos en el dia siguiente. D. Ramiro, disimulando la pena que en su pecho sentia, andaba consolando á los unos, animando á los otros, y atendiendo á cuanto era menester en aquel campo que tan deplorable aspecto presentaba. No se veia más que grupos de hombres curando algun herido á la rojiza claridad de las hogueras, soldados que con una serenidad envidiable dormian indolentes sin cuidarse de la muerte que les amenazaba, y por todas partes se escuchaban quejidos, plegarias y lamentos. D. Ramiro, despues de haber visitado los centinelas y puestos avanzados en que descansaba la seguridad de todos, se reclinó un momento sobre las mismas peñas de la montaña, y sin quitarse la armadura, procuró dar treguas á las penas é incertidumbre de su ánimo, disfrutando algun descanso. Apenas empezaba á conciliar el sueño cuando una repentina aparicion se ofrece á su vista. Era un mensajero celeste, en sus venerables facciones y magestuoso aspecto, cree reconocer al apóstol Santiago, rodeado de todo el esplendor de la Sion celestial.

«No temas, Ramiro, le dice; los enemigos, dueños del campo, te rodean por todas partes; pero Dios está entre sus fieles servidores. Abandona el sueño, prepara tus huestes, y al romper el dia ataca los infieles sin temor, que con el auxilio del cielo triunfará tu justa causa.»

D. Ramiro despierta, se levanta despavorido; la oscuridad y el silencio reinan todavía por todas partes; pero la misteriosa vision está fija en su mente, y su majestuosa voz aun resuena en sus oidos. Llama inmediatamente á los magnates, y á los prelados y á los jefes del ejército, y les cuenta lo que le acaba de pasar. En la agitacion del monarca, en el entusiasmo que respiran sus palabras, hallan ellos la prueba de aquel hecho extraordinario: la nueva corre rápidamente de boca en boca, la confianza renace por todas partes, y los guerreros del ejército, contando con el auxilio divino ya no temen sino piden el combate.

Hallábase entonces entre los españoles en el mayor grado de fervor la devocion al apóstol Santiago, el primero que habia predicado en la Península las verdades del Evangelio. Era tradicion constante entre los naturales, que despues que el apóstol habia sido martirizado en Palestina, su cuerpo recogido por sus discípulos y abandonado en una barquilla á merced de las olas, habia

venido desde el puerto de Joppe surcando el Mediterráneo y el Océano, hasta llegar á Iria-Flavia en Galicia, y hallado despues del modo que se ha dicho.

Asomaba en el horizonte la pálida y blanca línea que es precursora de la claridad del dia, cuando ya empezaron á ponerse en movimiento los dos contrapuestos ejércitos. Ambos deseaban salir de aquella indecisa posicion, y eran tales los intereses que se habian de ventilar en aquel dia, que aun á trueque de arriesgarlos, todos ansiaban llegar cuanto ántes al término de la lid. En los árabes era mayor el anhelo, pues lo sucedido en el dia anterior les hacia augurar que cuanto en aquel sucediese, no sería más que el completo de su victoria. Asomó, por fin, tras de los cambiantes reflejos de la aurora, el primer destello luminoso del sol, y en breve su resplandeciente disco se elevó sobre el horizonte, inundando el espacio de luz y de colores.

La salida del sol que es para todos los hombres sensibles á las bellezas de la naturaleza, un espectáculc tan delicioso y tan magnífico, es para los árabes un momento de éxtasis religioso, en el que hacen una de las más ardientes plegarias de su secta. Para cumplir con este deber religioso, cesó en el campo árabe todo el ruido y movimiento, y los devotos musulmanes vueltos hácia el Oriente, cuna de su profeta y depósito de sus restos mortales, empezaron su plegaria en medio de un silencio imponente, que por lo sumiso no bastaba á alterar la voz de tantos hombres allí reunidos. En este solemne momento fué cuando lanzaron su tremendo grito de guerra las huestes de D. Ramiro.

Nada es comparable á la sorpresa de los árabes, no precisamente por el momento en que los cristianos acometian, sino por la admiracion que les causaba al verse atacados por aquellos mismos á quienes creian consternados y casi rendidos. Esperaban á lo más una débil resistencia que debia terminar en una fuga vergonzosa, y no aquel imprevisto ataque que introducia el espanto y la confusion en sus filas. D. Ramiro habia contado con estos momentos de sorpresa, habia organizado su pequeña hueste antes que aclarase el dia, y comunicando á jefes y á soldados el ardor que le inflamaba, se habia lanzado á la batalla confiando en el favor del cielo.

Los árabes habian perdido la impetuosidad que hace tan peligroso su primer choque, y además habian sido sorprendidos; pero vueltos ya de su espanto sostenian sus puestos con valor, y

la victoria se mostraba aun muy indecisa. Animábales la idea de al victoria del dia anterior, obtenida sobre aquellos mismos con quienes entonces peleaban; pero en el mismo momento en que más formidable resistencia oponian, un incidente imprevisto y estraordinario hizo cambiar el aspecto de la lid y decidió la suerte de la batalla.

Venia al frente de los soldados cristianos, como animándolos y guiándolos á la pelea, un guerrero desconocido, blandiendo su centelleante espada, revolviendo por entre los enemigos sobre su impetuoso caballo, y tremolando erguido un blanco estandarte en que campeaba una cruz roja. Los soldados de D. Ramiro se entusiasman á la vista de aquel misterioso personaje, teniéndole dor su apóstol protector, exclaman: «¡Santiago! ¡Santiago! ¡Cierra España!»

Desde entonces y durante muchos siglos, este ha sido para los españoles el grito de guerra precursor de tantas glorias bélicas en ambos emisferios. El denuedo con que los cristianos aco-



meten derribando filas enteras, impone á los árabes ya cansados de la lid Por otra parte, el guerrero desconocido que sin recibir la menor lesion, esparce el terror y el esterminio en sus filas, les parece ser el ángel esterminador de que hablan sus tradiciones, y al verle blandir su espada de fuego sobre sus cabezas, posei-

dos de un pánico terror, se abandonan presurosos á la fuga.

Grande fué la mortandad de los árabes perseguidos hasta Calahorra, cuya poblacion, así como las de Alveyda y Clavijo, quedaron en poder del vencedor con infinitos despojos de armas y preseas. Terminada la batalla, nada se supo del guerrero incógnito á quien principalmente se debia la victoria; pero los españoles no dudaron que fuese su santo Patron, y resolvieron de comun acuerdo, hacerle partícipe, como á soldado de sus huestes, de la parte que le correspondiese en el botin cogido á los enemigos. El rey perpetuó en cierto modo este agradecimiento en el famoso voto que hizo á favor de la iglesia de Santiago, el cual fué aprobado despues por varios Pontífices romanos.

Las consecuencias de la batalla de Clavijo fueron de la mayor importancia, como que no solo permitieron á D. Ramiro atender á los cuidados del reino, escarmentados sus naturales enemigos, sino que le facilitaron rechazar despues vigorosamente la invasion que los normandos hicieron en 851 en las costas de Galicia. Aquellos piratas, frustrado su intento, volvieron apresuradamente á sus naves, yendo á ejercer sus estragos y rapiñas en las costas meridionales, y contribuyendo esto indirectamente á la preponderancia de D. Ramiro y sus sucesores

Tal es el conjunto de este hecho grandioso, en el que tuvo gran parte nuestro héroe Bernardo del Carpio; y acerca de la citada aparicion, queda comprobado mas que en documentos históricos contemporáneos, en la tradicion constante y en el sentimiento religioso de los españoles que, apellidando al apóstol Santiago, han conseguido memorables triunfos, y han hallado vigor y constancia para lidiar siglos enteros contra la media luna, hasta que la arrancaron de las torres de Granada.

CAPITULO X.

Sale Bernardo de la corte y construye el castillo del Carpio.—Obliga á que le entreguen á su padre y se le presentan muerto.—Lleno de dolor vase á Navarra y luego á Francia, donde muere de pesar.

Proseguia nuestro célebre adalid Bernardo del Carpio esmerándose en las batallas que sostuvo el rey D. Ramiro, y no menos continuó con los demas reyes sucesores de éste, D. Ordoño y don Alonso, todo con el fin de ver si contan singulares servicios podia libertar á su infeliz padre de la prision en que estaba; pero si terco estuvo su tio D. Alonso, no estuvieron menos estos tres reyes, sucesores de aquel; y viendo que sus intentos no se cumplian, echó por otro rumbo, que fué obligarles á que se lo concediesen. Salióse de la córte, y retirándose hácia tierra de Salamanca con algunos amigos desde el castillo del Carpio, que él mismo fundó, y de donde tomó su sobrenombre, hizo algunos desafueros, de modo que puso en cuidado al rey D. Alonso llamado el Magno, que ya entonces reinaba en Castilla. Viendo este príncipe que Bernardo del Carpio destruia sus tierras, y por otra parte le consideraba animoso y valiente soldado, como tambien que se llevaba tras sí muchos soldados y caballeros, determinó hacer una junta de los grandes de la ciudad de Salamanca. Propuso en ella los escesos que Bernardo del Carpio hacia en aquellos dominios, y los motivos porque este gran capitan los hacia, que no eran otros que por libertar á su amado padre de la prision en que estaba ya tantos años.

Hecho cargo todos los congregados allí de los fines de este caudillo esforzado, dijeron á una voz, que Bernardo tenia razon, y que pedia sobradamente en justicia el pretender tan justamente la libertad de su padre, ya que con tantos reyes habia fielmente servido, y á quien tanto debia la corona, no habia sido bastante á conseguirlo; acordóse en la referida junta, que se la concediesen, con tal que Bernardo rindiese el castillo del Carpio. Aceptó al punto Bernardo la condicion. Rindió aquella fortaleza al rey D. Alonso el Magno, deseoso de remozar sus dias entre los brazos de su amabilísimo padre; mas aquí estuvo el engaño, porque al parecer

habia mucho tiempo que el desdichado conde, abrumado de trabajos, ciego y siempre oprimido de sus prisiones, ya era muerto; y así cuando pensaba Bernardo verle vivo, le halló cadáver; á cuya vista no hay que referir las lástimas y sentimientos que hizo este desdichado hijo por su padre, pues cualquier discurso los puede imaginar.

Viéndose, pues, este infeliz caudillo despojado del castillo y burlado de aquel modo, se pasó á Navarra y luego á Francia, en cuyas provincias, peregrinando de unas tierras á otras, acabó su vida envuelto entre pesadumbres y tristeza. En esto vino á parar aquella valentía, aquel ardor juvenil, aquel blason adquirido á costa de tanto heroismo, aquel nombre tan proclamado en el mundo de Bernardo del Carpio. Lástimas, penas y tristezas fueron el galardon de tantas victorias y de tantos trofeos como consiguió el invicto Bernardo. Toda la privanza no pudo recabarle una merced, y al parecer tan justa como bien debida, pago que continuamente dá el mundo, y para que con este ejemplo se vea lo engañador que es este, y sufra valeroso quien se mira derribado, reveses de la fortuna. Ajuste el que se ve mas caido sus méritos con los de este caballero, su valimiento, su privanza, y ponga los ojos en sus adversidades, y como en espejo verá á sus luces que son pocos sus trabajos respecto de estos ajenos.

En fin, la prudencia y el valor es lo que importan para no desdecir á cada uno de quien es, ni deslizarse á vileza ni á traicion. Mientras mas trabajos é infortunios, mas cordura y sufrimientos son necesarios; y mas el que profese ser cristiano, pues poniendo su confianza en Dios, hará dulces todas las penalidades de esta vida.

FIN.

HISTORIAS QUE SE HALLAN EN EL MISMO DESPACHO

Título	Pliegos
Oliveros de Castilla y Artús de Algarve	5
Excmo. Sr. General D. Arsenio Martínez Campos	5
El caudillo carlista D. Ramón Cabrera	5
El general Espartero, duque de la Victoria y de Morella	5
Carlo Magno y los doce Pares de Francia	4
Roberto el Diablo	4
El Conde Partinoples	4
Clamades y Clarmonda ó el Caballo de madera	4
Flores y Blanca Flor	4
Pierres y Magalona	4
Aladino ó la Lámpara maravillosa	4
Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno	4
El Nuevo Robinsón	4
Napoleón I, emperador de los franceses	4
D. Martín Zurbano	4
Doña Blanca de Navarra	4
Orlando Furioso	4
Simbad el Marino	4
El sitio y defensa de Zaragoza	4
Anselmo Collet	4
Subterráneos de la Alhambra	4
Romancero de la guerra de Africa en 1859 á 1860	4
Gil Blas de Santillana	4
Guerra civil del año 1871 al 1876	4
El Pastelero de carne humana	4
Los secuestradores de Lucena	4
Candelas	4
Saballs	4
Carlos VII	4
Pedro Ramón Ciaram	4
Los ladrones de mar	4
El anillo de Zafira	4
La oreja del Diablo	4
La muerta fingida	4
La hija del rey de Hungría	4
El Pirata Negro	4
El caballero del Aguila Roja	4
Los Juanillones	4
Melchor de la Cruz (a) El Diablo	4
El corregidor de Almagro	4
El caballero sin cabeza de Valdormido	4
Juan Pulgón	4
D. Diego León	3
El conde de Montemolín	3
D. Tomás Zumalacárregui	3
D. Pedro el Cruel, rey de Castilla	3
Bernardo del Carpio	3
Cristóbal Colón	3
Hernán Cortés	3
Los siete infantes de Lara	3
D. Pedro de Portugal	3
La doncella Teodora	3
La heroica Judith	3
Noches lúgubres, de Cadalso	3
Matilde y Malek-Adhel	3
Abelardo y Eloisa	3
Ricardo é Isabela	3
El marqués de Villena ó la Redoma encantada	3
Elisa ó la rosa blanca encantada	3
El conde de las Maravillas	3
Santa Genoveva	3
El Nuevo Navegador ó la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo	3
El Gran Capitán Gonzalo de Córdoba	3
El Bastardo de Castilla	3
Tablante de Ricamonte y Jofre Donasón	3
La Hermosa de los cabellos de oro	3
La Guirnalda milagrosa	3
Los siete sabios de Roma	3
Guerra de la independencia española	3
Los Niños de Ecija	3
Doña Juana la Loca	3
El Toro blanco encantado	3
El príncipe Selim de Balsora	3
Las dos doncellas disfrazadas	3
El Santo rey David	3
Julio y Zoraida	3
El Mágico Rojo	3
La Urraca ladrona	3
Diego Corrientes	3
Aurelia y Florinda	3
El general Prim	3
Ana Bolena	3
Cornelia ó la víctima de la Inquisición	3
La Diosa de los mares	3
Viajes aéreos	3
Jaime el Barbudo	3
Rosa Samaniego	3
Pincha-uvas	3
El casto José	2
El viejo Tobías y el joven su hijo	2
El valeroso Sansón	2
La Creación del mundo	2
El Diluvio universal	2
El Juicio universal	2
San Alejo	2
San Amaro	2
San Albano	2
Nuestra Señora de Montserrat	2
El marqués de Mantua	2
Francisco Esteban el Guapo	2
El cortador de cabezas	2